



"Flora", óleo de Diana Hasbún Villacorta. Exposición de alumnos de Rosa Mena Valenzuela.

Claraboya

Visita a la Venus Imperial

Se conoce la respuesta que dio Paulina Bonaparte al emperador su hermano, cuando le preguntó si era verdad que había posado desnuda en el taller de Cánova. Sí — fue la respuesta—. ¿Y qué? La cámara estaba bien caldeada... Esa frase, pícaro e ingeniosa, nacida de una frescura impúdica, que repiten los biógrafos de la princesa y los guías de la Villa Borghese, ha de durar, al menos, cuanto dure la estatua inmortal. Una y otra están ligadas indisolublemente. La estatua vale la respuesta; la respuesta, la estatua. De las hermanas de Bonaparte, Paulina fue la única que mereció el parentesco. Las otras fueron unas burguesas mediocres, unas arribistas insatisfechas, a quienes el azar colocó a horcajadas sobre tronos efímeros que no supieron conservar ni merecieron. Sus existencias, de no brillar con el resplandor prestado por su hermano, habrían desaparecido sin dejar rastro alguno sobre la espuma de la grande y la pequeña historia, que apenas si las ha recogido como anécdotas ilustrativas de una época conturbada. Lo que en el emperador fue ímpetu de gloria, en Paulina se transformó en fogosidad amorosa. Cuando Bonaparte obtuvo en estandartes vencidos, Paulina lo ganó para sí en otro género de combates. La gloria napoleónica ha resistido al tiempo; la de Paulina subsiste y se concreta en el maravilloso mármol de Cánova. ¿Es que la gloria es algo más que una estatua?

Desde el marco suntuoso de los jardines de la Villa Borghese — un tanto descuidados y asiento inmerecido de una fauna equívoca — la hermosa Paulina Bonaparte parece contemplar el día y la noche romanos que transcurren más allá de la Porta Pinciana, vía Veneto abajo, sumida en una divagación a se-

cular. Allí está la maravillosa, en un salón de la planta baja del palacio que perteneció a su segundo marido, tendida sobre los incómodos almohadones de mármol de la posteridad, que la pasión creadora del escultor transformó en mullidos, envuelta entre los pliegues de una túnica que deja el torso al descubierto hasta las audaces inmediaciones del ombligo. Los hombros redondos, los brazos puros, los senos perfectos, constituyen un testimonio inapelable acerca de sus virtudes físicas y cualidades de espíritu de Venus Imperial, de mayor validez y penetración que cualquier erudito ensayo histórico y psicológico. No existe, pues, razón alguna para suponer que los éxitos frívolos y mundanos, que Paulina Bonaparte recogiera a lo largo de su prodigiosa existencia, fueran tristes migajas caídas de la mesa de su hermano.

Basta observar la línea armoniosa del busto, la leve curvatura de las piernas ahusadas, el trazo fino y aristocrático de su rostro ovalado y su perfil de clásica pureza, coronado por cabellera desordenada en bucles gentiles, para descifrar la misteriosa correspondencia establecida entre la belleza y la gloria, cuando estas coinciden en una casta predestinada. El brazo izquierdo descansa con elegante lasitud a lo largo de la cadera; en la mano entreabierta sostiene una manzana caída del árbol prohibido. El brazo diestro se apoya en el espaldar, inspira en asa de lira, de uno de aquellos muebles del tiempo del Directorio, que han inmortalizado Jacques Louis David en su "Retrato de Mme. Recamier" y el vizconde de Chateaubriand en sus "Memorias de Ultratumba", y sostiene, la frágil cabeza de la criatura maravillosa, el conjunto es delicado y quebradi-

zo; más que una estatua esculpida en mármol recuerda a una porcelana de Sevres que aún estuviese por esmaltar. Se adivina el placer casi sensual de Cánova al tallar en el mármol las formas fascinadoras y turgentes de la modelo. Que temor de herir la forma pura, conduce el golpe seguro del cincel. Realmente, la materia compacta se transforma en otra, palpante y viva, iluminada por el fulgor de los senos. Si una obra de arte puede expresar la pasión amorosa de su creador, la escultura de Cánova es un ejemplo; como lo es, en otros museos de Europa, "La maja desnuda", ornada o no por coronas ducales.

El alegre mosquetero del romanticismo. Alejandro Dumas, recuerda en sus "Memorias" una distante visita que hiciera a la princesa Borghese, llevado de la mano de su padre, en un castillo de las inmediaciones de Villers-Cotterets. Es en octubre de 1805 y en el parque suena el cuerno de caza. El pequeño Alejandro descubre, en un tocador de luces tamizadas, forrado de cachemira, una hermosa mujer recostada sobre un sofá, que da a besar su mano al general Du-

Por Raúl Andrade

mas. El muchacho sale al balcón a contemplar el desfile de las jaurias. Cuando regresa a ver tras suyo, contempla a la leve princesa, menuda y blanca, entre los féreos brazos del general mulato. Al pequeño, no obstante, le interesa mucho más el episodio de cacería que los juegos paganos de la pareja, Paulina Bonaparte, de su estación en las Antillas francesas, ha conservado una nostálgica inclinación al olor acre de las pieles mulatas. Allí se ha iniciado en los ritos y sortilegios del "voudou". El general Dumas, distanciado de Napoleón, ha mantenido a su vez una galante devoción por la hermana para quien el amor es una especie de religión que excluye la discriminación racial y el resentimiento político.

Generosa Paulina Bonaparte! Fue la ternura misma en función imperial. El mármol de Cánova la recuerda en su embrujo imperecedero. Venia de un mundo apacible y provinciano y ascendía sin embarazo los escalones que separan la modestia del esplendor. La historia de Francia está cuajada de esta clase de mutaciones sorprendentes. Una lavandera vestida de marquesa se parecerá sin dificultad a otra marquesa. Esa es la sutil diferencia que existe entre una muchacha francesa y otra de nacionalidad distinta. Cuando una vendedora de manzanas se viste de duquesa, continúa pareciéndose a otra vendedora de manzanas. Tal es, al menos, el secreto de las victoriosas carreras de esas mujeres que se llamaron, en su tiempo, la Pompadour, la Dubarry y esta inextinguible Princesa Borghese que enseña su torso puro a la posteridad, desde el fondo de la noche romana.

Los libros y los días

Piden un nuevo mesías

Por Ramón J. Sender

En Roma donde tantas cosas han sucedido desde los tiempos de Numa Pompilio existe una organización de carácter internacional presidida por un humanista llamado Aurelio Peccei y titulada "Club de Roma" a la que pertenecen muchos intelectuales de diferentes países.

Esa organización ha declarado recientemente que la humanidad necesita un nuevo mesías para afrontar los crecientes e ingentes problemas que dificultan su marcha hacia el futuro.

Aunque fundada y domiciliada en Roma esa organización no tiene carácter confesional. Se trata al parecer de hombres de buena fe sin pasado político ni definición eclesiástica que creen que el mundo está urgentemente y desesperadamente necesitado de un nuevo mesías, un carismático y nuevo conductor de multitudes en niveles científicos, religiosos, o políticos, merecedor de la confianza de todos nosotros.

No es nada, que digamos. El Club Roma añade que ese nuevo mesías sería nuestra única salvación frente a los problemas angustiosos que amenazan destruir nuestra civilización. Problemas sociales, económicos, dogmáticos, sectarios, morales. Ese nuevo líder o mesías deberá actuar sin tener para nada en cuenta intereses nacionales ni internacionales de ninguna clase y al margen de las estructuras sociales, políticas o económicas existentes ahora.

Supongo que la mayor parte de nosotros está de acuerdo. Pero una serie de dudas nos salen al paso: ¿qué clase de líderes? ¿Con qué programas de acción? ¿Con qué doctrinas y teorías?

En este siglo que se acerca a su fin hemos tenido líderes y falsos mesías de todas clases: Lenin, Mussolini, Stalin, Hitler. A todos se los llevó el diablo hace tiempo, de mala manera. Predicaron el odio y la violencia y con ellos se mantuvieron en el poder.

Es verdad que Jesús predicó el amor y ya sabemos cómo terminó.

La verdad es que ese Club de Roma no dice nada nuevo. Desde que hay memoria escrita los pueblos y las naciones han querido erigir un mesías y seguirlo. Y en cada siglo ha habido dos o tres. Pero basados siempre en la violencia. En un pasado reciente Napoleón corso y el germano Bismarck y mucho más atrás Julio César, Alejandro Magno y tantos otros.

Sobre centenares de consignas políticas contradictorias y miles de millones de muertos en acción bélica se fue fundando esta civilización nuestra tan llena de nuevos peligros y amenazas. En este siglo de nuestros pesares han muerto violentamente más de sesenta millones de seres humanos que seguían una bandera defensora de alguna clase de "civilización".

La que tenemos hoy en Oriente u Occidente es la consecuencia de todo aquello. Es verdad que el Occidente victorioso ha avanzado mucho en respeto y consideración por la vida humana y las capacidades de creación del hombre en libertad nos deslumbran y nos asombran. Pero ¿qué perspectivas nos ofrece el día de mañana?

El futuro ha sido siempre un problema pero nunca tan amenazador como ahora.

Y el Club de Roma quiere un mesías. ¿No es nada, un mesías! Cada grupo social tiene algún aspirante al liderazgo, cada nación un voluntario mesías que promete todos los bienes de este mundo y parte de los del más allá. La civilización sin embargo está más en peligro que nunca, a pesar de los respetos humanos de las democracias. Y hay todavía naciones donde el derecho a declararse en huelga, es decir a tratar de mejorar las condiciones más elementales de vida — alimentar a los hijos — se considera un crimen.

Un nuevo mesías. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Sobre qué doctrinas y programas? En los países de Occidente se nos ofrece una oportunidad cada cuatro o seis años. Es la solución más razonable, pero el juego de rivalidades contradictorias reduce y limita los logros.

De lo que se trata en definitiva es de la necesidad de cambiar — mejorar — la naturaleza humana. Es lo más importante. Y no lo han conseguido hasta ahora los políticos ni los legisladores a pesar de los esfuerzos honestos de muchos de ellos. Y es que nuestra naturaleza no actúa ni se conduce por slogans electorales. En cuanto a la estrategia política y a la filosofía del liderazgo estamos todavía en los tiempos del "Príncipe" de Maquiavelo y a él se atienen tirios y troyanos en Oriente y Occidente. Lo curioso es que todos consideren el maquiavelismo un vicio culpable y vergonzante y así lo dicen en la plaza pública.

Pero a él se atienen hasta ahora desde los tiempos de Fernando de Aragón a quien Maquiavelo dedicó la obra y en quien parecía inspirarse.

Yo creo que hay que tratar de influir en las costumbres para mejorar nuestra naturaleza a través de las artes y las letras. Ha tenido más influencia en el orden moral de la sociedad un buen libro que una constitución. Nuestros líderes siguen siendo los Sócrates, Aristóteles, Platón, Séneca, algunos autores medievales, Cervantes, Shakespeare, Montaigne, Goethe, Gogol, Tolstói.

A falta de otras perspectivas más claras y seguras, leamos libros. Tal vez ese Club de Roma lleno de buenas intenciones haría un gran labor estimulando y orientando la atención de la humanidad lectora o escritora.

Filosofía, Arte y Letras